

# LAS RELACIONES LITERARIAS HISPANO-ÁRABES CONTEMPORÁNEAS

## Planteamiento del Tema

PEDRO MARTÍNEZ MONTAVEZ  
*Universidad Autónoma de Madrid*

### 1. *Necesidad de unas mínimas exigencias de planteamiento*

CREO QUE DEL ENUNCIADO mismo de esta conferencia cabe deducir muy claramente, desde un principio, que va a discurrir por cauces de reflexión, fundamentalmente, y que está animada de una intención metodológica. Desde luego, mi propósito es mantenerme muy alejado de tanta elucubración fantasmagórica y pueril sobre el tema, repleta de tópicos y manipulaciones insustanciales, carente del menor contraste y sentido crítico válido, como habitualmente tenemos estoicamente que soportar los que nos dedicamos a estos menesteres. Y trataré de evitar, asimismo, el que tengo por principal defecto de la mayor parte del arabismo español que ha abordado hechos de interpretación literaria: su estricto, contumaz y ya fosilizado positivismo historicista, bastante escaso del andamiaje teórico pertinente y de la oportuna inquietud intelectual, dócilmente plegado a una interpretación aplicada y utilitaria (es decir, fundamentalmente a-literaria) del hecho literario, rígidamente supeditado a su ámbito universitario de realización y a su placer erudito. De ello, que es por otra parte característica común a todos los arabismos occidentales, y que quizá desde hace pocos años comienza tímidamente a remediarse, bien que ha su-

frido la literatura árabe en sus aspectos principales: los críticos y estéticos, aunque le haya servido también de provecho en los puramente documentales. En realidad, la denuncia que Roland Barthes efectuaba el año 1963, en su famoso y polémico artículo acerca de "las dos críticas", sigue aún siendo perfectamente aplicable a casi la totalidad de la obra de este arabismo literario. En primer lugar, limita voluntariamente sus investigaciones a las "circunstancias" de la obra, incluso cuando se trata de circunstancias interiores. En segundo, sigue guiándose por lo que Barthes llama el principio de analogía, obsesionado como está en su labor por la búsqueda de las "fuentes": se trata siempre de relacionar la obra estudiada con *otra cosa*, con *algo distinto* de la literatura. En cualquier caso, partir de estos postulados supone tener una idea muy parcial de la literatura. Y por ello, en no pocas ocasiones lo que se alcanza a realizar son acabados ejemplos de eso que, con insuperable acierto, Pedro Salinas definió de crítica "hidráulica", naturalmente, atendiendo a esa apremiante preocupación por "las fuentes" que evidencia.

Creo también, cada vez más firmemente, que nuestras modestas aproximaciones interpretativas a la literatura experimentan una ineludible exigencia de inicial clarificación metodológica, necesitan plantearse rigurosamente los "¿qués?" y los "¿porqués?" básicos de los hechos literarios, y reducir el número de tanta aportación estrictamente acumulativa como nos acosa. Evidentemente, fantasmagoría y positivismo no resultan los elementos más adecuados para facilitar que este cambio se produzca, y de ahí el que desde hace tiempo se esté avisando sobre el peligro de su imperturbable mantenimiento. Es algo más que una episódica cuestión de escuelas, tendencias o posturas; es una cuestión de reivindicación de la propiedad y la dignidad de la interpretación literaria, sin personalismos ni petulancias intolerables. No menos evidentemente, acometer tal labor no resulta desde luego cómodo, ni espectacular, ni lúcido, y entre otras cosas exige tanto una rigurosa disposición especulativa como

una justa comprensión de la realidad y un decidido espíritu de diálogo y controversia. Pero estoy absolutamente convencido de que no nos queda otro camino si, de verdad, pretendemos efectuar aportaciones que de alguna manera signifiquen algo dentro del panorama general de inquietudes y objetivos que ahora anima a la interpretación literaria. Lo contrario será mantenernos en el rincón exoticista y marginal, ignorado, sólo episódica o anecdóticamente iluminado y atendido, que habitualmente venimos ocupando. Plantearnos estas cuestiones de base no servirá sólo para promover métodos y cauces interpretativos, para abrir trochas en el frondoso bosque, para instalar sólidos asentamientos, sino que servirá también para que tratemos parcialmente de responder a la gran pregunta: ¿qué es la literatura? —y en nuestro caso concreto, ¿qué es la literatura árabe?— y no sólo de informar sobre algunas de sus circunstancias peregrinas, pintorescas o diferenciales. Servirá también para que nos proporcionemos auténticos principios de comprensión del hecho literario, y no sólo de su periferia. Ahora, el arabista preocupado por la literatura se encuentra casi siempre ubicado en una desasosegada situación sometida a bruscas y dramáticas alternativas cambiantes: el objeto de comprensión se le aproxima unas veces, casi lo tiene y lo palpa, lo conoce y lo sitúa, se le distancia en otras ocasiones terrible, dolorosamente; ahora se le ilumina y va mostrando nítidamente sus perfiles, ahora se le oscurece por completo. Si de verdad está volcado en su quehacer, entra en una tensión agotadora, tormentosa: de duda, de alternancia, de vacilación, de espera/desesperanza estremecedora. Sobre su labor parecen constantemente gravitar aquellos espléndidos versos del malagueño Emilio Prados:

Te voy siguiendo paso a paso  
¿Acaso no lo ves?  
Me voy perdiendo paso a paso.

Y aunque en todo ello hay mucho de presencia del insuperable elemento de misterio, de irreductibilidad última a

la interpretación total, que la manifestación literaria comporta naturalmente, y en ella siempre ha de mantenerse, también no poco, sin embargo, puede comenzar a entenderse precisamente como resultado consecuente de esa ausencia de reflexión metodológica, de plataforma teórica, que apreciamos y denunciamos.

## 2. *Diferenciación de dos hechos: el medieval y el contemporáneo*

Al abordar la cuestión de las posibles relaciones literarias hispano-árabes, en época contemporánea, conviene establecer las diferencias pertinentes que brinda objetivamente —es decir, por el propio objeto de estudio— respecto a otro, parcialmente similar, y que quizá a muchos pudiera servir como único término de posible referencia o comparación: aludo con ello, naturalmente, a las indudables relaciones literarias hispano-árabes establecidas a todo lo largo de la época medieval, aunque fuera con las naturales alternativas y diferencias. No hacerlo así llevaría a cometer desde el principio el grave error de efectuar un planteamiento absolutamente falso y desplazado, y provocaría, por consiguiente, interpretaciones y deducciones sumamente distorsionadas.

Hay un hecho esencial que los distingue y singulariza en cada caso, y que en buena medida, también, opone a ambos fenómenos, produciéndose además tal diferenciación esencial tanto en el espacio como en el tiempo: durante la época medieval se trata de una relación directa, en líneas generales, y de muy larga duración. Aunque tanto en uno como en otro aspecto habría que hacer, sin duda, alguna que otra matización más oportuna, es lo cierto sin embargo que, como característica común y general, la afirmación que antecede puede totalmente suscribirse, especialmente hablando en términos comparativos, como son los que ahora nos interesan. En época contemporánea, sin embargo, tal relación directa no se produce, y si se da, lo hace de una manera muy escasa y en última instancia ejemplificada en

hechos y nombres de muy poca relevancia. Y de otro lado, el marco temporal se acorta extraordinariamente, y no sólo eso, sino que aún está en plena vigencia. El fenómeno antiguo se presenta, a pesar de todo, como hecho de convivencia y de localización preferente en un espacio tanto concreto como de reducidas dimensiones: la Hispania islámica, al-Andalus, a lo más con su prolongación cultural norteafricana. El fenómeno moderno es casi exclusivamente un fenómeno, por el contrario, de des-vivencia (en muchas ocasiones, sencillamente de total ignorancia o desconocimiento) y de manifestación sumamente dispersa y variopinta. Dadas las condiciones en que el tema antiguo se planteaba, resulta en parte justificable que, frecuentemente, los investigadores dedicados a estas indagaciones hayan estado por mucho tiempo obsesionados más por hechos "de influencias" que "de relaciones". Así, su entusiasmo genetista y filológico, buceador incansable en pos del origen, de la fuente (casi como una nueva piedra filosofal) de los elementos de la cadena de transmisión, encontraba campo más que abonado para solazarse. Aún hoy, algún que otro colega continúa con sus viejas armas de cazador decimonónico persiguiendo incansablemente, y casi también como hurón intelectual, esta clase de volátiles más bien insípidos, pero eso sí, de brillante y espectacular plumaje. Pero para el fenómeno moderno conviene utilizar más la red de la sensibilidad y la meditación que el zurrón o mosquetón de la memoria. En conclusión, pues, nos encontramos ante dos hechos diferenciados, con su contexto propio de realización en cada caso, y resulta totalmente impropio establecer relaciones absurdas o promover comparatismos desplazados.

### 3. *Un único fenómeno, no cuajado, de relación directa*

Acabo de afirmar que, en época contemporánea, no se producen prácticamente fenómenos de relación directa entre las literaturas española y árabe, y que si en algún caso se dan, resultan muy escasos y ejemplificados en hechos y

nombres de muy poca relevancia, de mínima entidad y repercusión, casi nulas, en el marco de esas literaturas. Pienso que no necesito extenderme en la aclaración de que, al expresarme así, me estoy moviendo dentro de un ámbito de generalización, y atendiendo a la importancia que siempre reviste una característica absolutamente definitiva y relevante. Esto no significa, sin embargo, que el ejemplo contrario no tratara de apuntar en algún momento, buscara concretarse (aunque a la postre no llegara a conseguirlo, a mi modo de ver) y en última instancia, esté todavía necesitado del análisis y estudio pertinentes, en profundidad estimativa, renunciando a la repetición mostrenca de frases hechas y afirmaciones huecas, por estar muy insuficientemente contrastadas todavía.

Estoy aludiendo, naturalmente, a la época de protectorado español en la zona norte marroquí. En principio, aquello sí que pudo constituirse en coyuntura apropiada para que esa relación literaria directa se produjera y diera los frutos adecuados, y sin embargo no fue de esta manera. Al estudioso le interesa sólo, de momento, señalarlo así, y no entrar en inútiles ponderaciones de ningún signo; quizá, sí adelantar también algún modesto atisbo de explicación parcial del hecho, que en principio pudiera parecer un tanto sorprendente. Por otra parte, dejando sentada aquella afirmación, tampoco pretendemos desmerecer la labor honesta y entusiasta de algunas personas que, evidentemente, intentaron crear un clima de positiva relación literaria, aunque ésta no llegara plenamente a realizarse y los puentes, repito, resultaran a la postre frágiles y quebradizos: el recuerdo de las revistas *Almotamid* y *Ketama*, por ejemplo, resulta en este sentido principal, y el grupo de escritores que las alentarón no merece sino nuestro mayor respeto.

Realmente, el marco político-social no era el más adecuado para que se produjera una óptima situación de relación literaria destacada y valiosa. A pesar de posibles apariencias engañosas que abonarían la opinión contraria, el colonialismo no ha favorecido mucho al desarrollo de pro-

ductos de esta especie, y en especial si se ha tratado —como fue el caso español en Marruecos— de un colonialismo inconsistente y relativamente breve. Insisto en que me estoy moviendo en un ámbito de reflexión de intención absolutamente pragmática, atendiendo al producto literario, y que por ello omito cualquier connotación pertinente, de raigambre político-social, que pudiera también establecerse: por ejemplo, en qué medida los sistemas educativos que se adoptaron pudieron favorecer o no la promoción de relaciones como las que ahora nos interesan. Y aunque las experiencias colonialistas española y francesa, en Marruecos, no resulten en ningún aspecto comparables, cabe también precisar que en el terreno que nos ocupa, sin embargo, no parecen muy diferenciadas. En un reciente libro sobre la “poesía nacionalista marroquí durante la época del Protectorado” (*al-Si'r al-watani al-magribi fi-'abd al-himāya*. 1912-1956), Ibráhim al-Sūlāmi lo comprueba así: “Un fenómeno que queremos señalar es que las culturas extranjeras, y la literatura extranjera en especial, no influyeron claramente en la literatura árabe moderna de Marruecos, pues la mayor parte de los que produjeron literatura sabían poco de lenguas extranjeras”.

En el caso concreto hispano-marroquí, además, me parece importante hacer al menos dos observaciones de base, que sirven para aclarar parcialmente algunas de las facetas del problema. Sin duda, el desarrollo de la literatura marroquí era aún muy escaso, casi insignificante, dentro del panorama general de la literatura árabe moderna. De otra parte, la producción literaria que mayormente iba a dar a conocer la potencia colonizadora no resultaba tampoco la que ella misma poseía de mayor calidad y reconocimiento internacional. Me estoy refiriendo, naturalmente, a la literatura española contemporánea en especial. Dentro de un marco político de realización exterior, se atiende especialmente a presentar una literatura “oficial”, y nadie puede tacharnos de partidistas o falaces si afirmamos, que, en el caso concreto de nuestra literatura contemporánea, los ejem-

píos "no oficiales", y asimismo los "oficialmente menos favorecidos", suelen significar y valer bastante más que los otros. Y hasta esto mismo se comprueba en las pequeñas muestras de preferencias que los propios indígenas podían señalar.

En conclusión, cabe repetir que la literatura contemporánea española fue parcialmente conocida por bastantes de los jóvenes escritores marroquíes de la zona norte, y parece que ciertas influencias de tal procedencia es posible observar también en su obra: sería el caso, por ejemplo, de Aḥmad al-Baqqāli o Muḥammad al-Ṣabbāg, seguramente el más representativo a este respecto. Y digo "parece" porque, en este tema, nos seguimos moviendo principalmente a base de declaraciones personales del propio autor o de afirmaciones rutinariamente repetidas que no cuentan todavía, insisto, con el refrendo del estudio pormenorizado de comprobación. En este sentido, el librito que recientemente ha dedicado a la literatura de Ṣabbāg, ʿAbd al-ʿAlī al-Wadgiri: *Qirāʾāt fi-adab al-Ṣabbāg* ("Lecturas en la obra literaria de S.") resulta un ejemplo de lo más adecuado: el autor no hace más que volver a referirse a influencias generales de la poesía española —junto a las influencias, también ya declaradas, de la poesía sirio-libanesa del *Mabḥar*— sin añadir nada nuevo ni proporcionar ejemplos fehacientes y concretos, excepto la mención no menos generalizadora de Vicente Aleixandre. Y en última instancia, habría que indicar asimismo que estas posibles influencias se observan en la obra juvenil de Ṣabbāg (algunos de cuyos títulos, recordemos, aparecieron en versión castellana antes que en árabe) y parece desaparecer en la posterior, que el crítico tiene por obra de mayor madurez de estilo y personalidad.

Reitero, pues, que se trata fundamentalmente de un intento que no llegó a cuajar en realizaciones concretas e importantes, decididamente destacables no ya en el marco general de la literatura árabe contemporánea, sino tampoco en el local de la literatura marroquí. Notables deficiencias de planteamiento de la labor de transmisión de nuestra pro-

pia cultura debieron de contribuir para que esto se produjera así, y sería absurdo silenciarlo. De hecho, nuestra literatura en general, y en especial la contemporánea, fue menos dada a conocer en Marruecos de lo que merecía. La encuesta que Fernando de Agreda ha dedicado a la literatura marroquí actual —aunque se trate de un documento fragmentario— sirve para acreditarlo todavía así. En conjunto, todo contribuyó para que se tratara fundamentalmente, como he adelantado, de una posibilidad sin maduración, y que sigue denunciando un hecho tan lamentable como cierto: la relación, siempre mucho menor de lo que debiera ser, que habitualmente han venido sosteniendo las literaturas española y marroquí, la árabe que nos cae más inmediata, no se olvide.

#### 4. El "caso" García Lorca

Sin duda alguna, el universal poeta granadino es el nombre español que mayor repercusión ha obtenido en la literatura árabe de nuestra época, y el que puede ejemplificar de manera apropiada la mayor parte de la posible problemática subyacente en la cuestión que nos preocupa: las relaciones literarias hispano-árabes contemporáneas.

Lorca y lo árabe es cuestión a analizar y discutir muy fina y desapasionadamente, y que cae en buena parte dentro del campo de la literatura comparada, aunque bueno será también precisar que tan sólo es así en parte; y asimismo teniendo en cuenta que, desde hace ya tiempo, la crítica comparatista transita por vías muy diferentes a las que acostumbró en tiempos anteriores, bastante más estrechas en criterios y ambiciones. A lo largo de unas breves y penetrantes páginas de sus *Nuevas direcciones de la crítica literaria*, en las que explícitamente hace suyos opiniones y juicios de J. M. Carré, Guillermo de Torre precisa y resume este hecho, señalando que, al ser lo propio de este comparativismo examinar obras y autores no aisladamente, sino en función de sus correspondencias y analogías con otras leja-

nas en el tiempo y en el espacio, estudiando influencias, parecidos y transmisiones, "no considera tanto las obras en su valor original, sino que se aplica especialmente a las transformaciones que cada nación y cada autor hacen sufrir a sus débitos". Sin embargo, aun reconociendo y valorando lo anterior, parece interesarle propulsar más otro aspecto: que también quepa interpretar así, orgánicamente, la historia de la literatura, exponiendo los fascinantes paralelismos que pueden producirse en el desarrollo de los géneros literarios y de las personalidades lejanas.

A mi modo de ver, pues, y teniendo en cuenta los mínimos precedentes sentados, los tres puntos fundamentales que habría que discutir y analizar a fondo, a fin de ir desentrañando la veracidad y alcance de la posible relación establecida entre Lorca y lo árabe, serían éstos: *a)* el "arabismo" de la obra de Federico; *b)* la imagen que se forja del poeta en la literatura árabe actual, y que en buena medida casi le introduce ocasionalmente en la categoría de mito, o al menos de símbolo; *c)* paralelismos fundamentados que cabría establecer entre su personalidad, su obra, y la función que cumplen en el ámbito de la literatura española contemporánea, y ejemplos pertinentes de la árabe. Cada uno de estos puntos, evidentemente, requiere tratamiento minucioso y especial, amplia y rigurosamente desarrollado, aunque los tres se integren en el tema total y común. No menos evidentemente, en la presente ocasión yo no puedo hacer otra cosa que señalarlos, como programáticamente, añadiendo algunas reflexiones y sugerencias pertinentes, que quizá también en parte, inicialmente, aclaren y sitúen algo la cuestión.

Permítaseme sin embargo que al segundo de ellos no haga mayor referencia. En principio, lo tengo ya modestamente tratado en un trabajo publicado, que versa sobre esa presencia de Federico en la literatura árabe contemporánea, y que al menos sirve para demostrar cumplidamente —creo— el profundo y entrañable impacto que la extraordinaria personalidad del genial poeta granadino ha ejercido en mu-

chos poetas árabes de hoy, y precisamente en algunos de los más significativos y destacados. A este estudio, pues, remito en principio a la persona interesada en el tema, aunque no sin advertir que, preparado y redactado hace aproximadamente diez años, exige una continuación oportuna en la que precisamente ahora estoy ocupado. Yo sospecho que al fin podrá comprobarse que, aun cuando quepa señalar diferencias de cierta entidad y significado respecto a esos ejemplos anteriores, los poetas árabes de los últimos años han seguido cantando a Lorca, y haciéndose eco sensible y emocionado de su personalidad, de su naturaleza de arcángel sacrificado. En realidad, continúan aún sintiéndolo mayoritariamente en la línea en que, por ejemplo, Luis Cernuda lo cantó en su elegía "A un poeta muerto":

Así como en la roca nunca vemos  
la clara flor abrirse,  
entre un pueblo hosco y duro  
no brilla hermosamente  
el fresco y alto ornato de la vida.  
Por eso te mataron, porque eras  
verdor en nuestra tierra árida  
y azul en nuestro oscuro aire.

Pasemos por tanto al primero de los tres puntos antes programados: el del posible "arabismo" de la obra lorquiana. Quien tenga cierta frecuentación y conocimiento de lo que los comentaristas y críticos árabes actuales han escrito y siguen escribiendo sobre García Lorca, sabe perfectamente que no es raro encontrar en sus escritos la afirmación tajante e incontrastada —en ocasiones avalada tan sólo con leves matizaciones— del "indudable arabismo" de la obra de Federico. Por poner tan sólo el ejemplo más reciente y documentado al menos en la interesada y vasta lectura de la producción del poeta, me remito al trabajo del Prof. Maḥmūd Ṣubḥ acerca de "los temas árabes en Lorca", aparecido en la revista siria *al-Ma'rifa*, ns. 191-192, enero/feb. 1978. A todo lo largo de este extenso trabajo, el autor se guía casi exclusivamente por criterios estadísticos para

llegar a la conclusión que le interesa y cree así demostrable y demostrada: ese indudable arabismo de la obra lorquiana. En definitiva, será la presencia, repetición o abundancia proporcional de temas de esta índole, o de la simple terminología hispánica de raíz arábica, la que para él lo demuestre y asegure.

Yo considero que análisis fragmentarios de esta índole pueden brindar, indudablemente, sugerentes atisbos de indagación, y poseen un evidente interés complementario: pero me parece sumamente arriesgado adoptarlos como factor principal, o casi único, de teoría crítica literaria. De hecho, la creación literaria, y mucho más aún en su parcela puramente poética, es el resultado de todo un proceso enormemente sutil, alambicado, polifacético y complejo como pocos, y para cuya crítica ponderada y consecuente hemos de imponernos múltiples cautelas. Si hay algo diamantino e irisado, sustancialmente dotado de innumerables reflejos, de fúlgidos destellos deslumbrantes y cegadores, eso es la poesía, y más aún en el caso de un "poeta luminoso", como lo es nuestro Federico. En lo que a ellos respecta, no parece aconsejable dejar sentadas afirmaciones excesivamente rotundas y tajantes, y menos aún cuando se ha transitado exclusivamente por vías de indagación parciales, fragmentarias. En tales casos, la afirmación categórica gana en impacto retorizante lo que pierde en profundidad y validez metodológica. Y creo sinceramente que la aparente pregunta —en realidad, firme convicción personal— con que el profesor Şubḥ cierra su trabajo: "Así pues, ¿exagerábamos acaso al afirmar que Lorca es un poeta árabe que escribía en español?" se presta mucho más a la fuerte polémica que al convencido asentimiento. Fijémonos bien: no se trata de marcar posibles "influencias" o "relaciones". Por el contrario, es algo mucho más drástico y tajante: de definir una "esencia" formalmente disfrazada. Vuelvo a insistir en ello: sinceramente, esto exige tener en cuenta muchísimos más elementos componentes, muchísimas más circunstancias y realidades conformadoras de la obra poética. En definitiva:

asumir la difícilísima, casi insuperable tarea, de interpretar esa obra en su totalidad. Y quizá no huelgue advertir que, en lo que va dicho, no me anima la menor intención localista o nacionalista en la valoración de Lorca, ni tampoco anti-árabe. Siempre puede haber gentes que interpreten torcida o malintencionadamente las cosas, o que, sencillamente, no entiendan. Y olviden también que, fundamentalmente, los grandes poetas son patrimonio, ante todo, universal.

Planteadas así las cosas, me gustaría llamar brevemente la atención sobre la postura más prudente y analítica que, en torno al tema sugerido, mantiene la crítica española, que busca y bucea además en un material testimonial bastante más amplio y variado. De hecho, el planteamiento más o menos centrado o incidental del tema podemos encontrarlo ya en comentarios ocasionales o sólidos trabajos críticos sobre la obra del poeta, contemporáneos a él o posteriores. Como sabemos, la bibliografía sobre García Lorca es inabordable e inagotable. Pero muy recientemente ha tenido el gran acierto de volver a plantearlo Mario Hernández, profesor y poeta altamente especializado en la obra lorquiana, en tres breves estudios monográficos al menos: "La muchacha dorada por la luna", ap. *Trece de nieve*, dic. 1976, pp. 211-220; "Huellas árabes en el Diván del Tamarit", ap. *Ínsula*, núm. 370, set. 1977, pp. 3 y ss.; "Adivinación de lo oriental en García Lorca", texto que conozco en su redacción inédita, por amabilidad del propio autor, y que no sé si habrá visto ya la luz en la revista *Guadalimar*, para la que estaba destinado.

Evidentemente, las aportaciones de Mario Hernández son un valioso ejemplo de crítica poética precisamente: por un lado, valiente tentativa documentada de "situación" y "encaje" del texto original, desde múltiples perspectivas; por otro, entrada en el estudio de los recursos y mecanismos propios de la máquina poética, en parte desmontándolos y en parte aproximándolos. Y sin embargo, después de su lectura sacamos la conclusión de que el problema sigue planteado en términos que, en buena medida, tenemos por

ya conocidos o habituales y que ha de seguir haciéndose con esa intención fundamental de sugerencia, de atisbo, de silueteo, que le corresponde, que se presenta como firmemente respetuosa del "misterio final de la poesía" —como decíamos— y que acierta a cifrarse estupendamente en esa palabra: adivinación, que recoge uno de los títulos. Para Lorca hay que seguir empleando preferentemente todavía, y bastante difusa y vagamente también, conceptos en buena medida aún asimismo vagos y difusos, polisémicos, cambiantes, subjetivados en grado sumo, casi proteicos y aún indefinibles, y precisamente por ello tremendamente cargados de poesía y de "oscura verdad luminosa"; hay que seguir hablando de "tradición arábigo andaluza" por un lado, y de "tradición oriental" por el otro. En este último ámbito, recordemos que María Zambrano ha hecho algún apunte sugerente sobre el empleo del "azul" en Lorca, recordando el azul como "primer despertar del hombre en el sufismo iraní", y remitiendo a Henri Corbin.

Aquel que de verdad ama la poesía, como únicamente se puede amar: con tanta carga de fervor como de respeto, con tanta pasión de ofrenda personal como de esperanza y desvelo inextinguibles, sabe muy bien que el problema suscitado es serio, enorme, apasionante, trascendente. Definir el "arabismo" de Lorca supone definir también, armónica y conjuntamente, diferenciadamente, lo que son los dos fenómenos con él naturalmente implicados: lo que son "lo andaluz" y "lo oriental", las indudables zonas de concomitancia y coincidencia, de distinción también, que estos posibles fenómenos genéricos entre sí tienen. Y hacerlo ya en términos básicamente literarios, sin las interferencias desvirtuadoras de nacionalismos o localismos trasnochados. Y no digo yo que tamaña empresa sea imposible; sí, que prácticamente me lo parece, o que sólo puede ser el resultado de esfuerzos gigantescos, casi absolutamente sobre-humanos. Por muy diversas razones: casi absolutamente sobre-humanos.

Con razón ha podido afirmar José Ángel Valente que "Lorca es un poeta especialmente mal leído". Con razón, al

tratarse de un poeta absolutamente genial, permite las más dispares y encontradas interpretaciones: Cernuda, por ejemplo, puede decir que "no es un poeta español . . . sino hombre de otro espíritu, de otro temperamento, casi diría de otra raza, cuyos antecedentes definitivos no podemos hallarlos aquí, en la tradición española", y Dámaso Alonso, por el contrario, tenerlo por uno de los ejemplos más egregios de esa tradición española, junto a Lope de Vega. No ha de extrañarnos ni confundirnos. Son los privilegios de un poeta singular, genial, que lo único que no admite es ser mezquina o esquemáticamente interpretado, que con "el panel de oro de sus labios", nos seguirá arrastrando y desafiando, consolándonos, interminablemente.

Creo además que el problema suscitado con García Lorca no es único, dentro del posible marco de interés de las relaciones literarias contemporáneas hispano-árabes, aunque sí resulte, con mucho, el más significativo e importante. Salvando las naturales distancias, cabría recordar que básicamente coincide con el planteado en referencia a uno de los "apóstoles del modernismo": Francisco Villaespesa. En el fondo, la comprobación de una carencia: la definición suficiente de "lo andaluz", como decía, tema desafiante y apasionante como pocos, lastimosamente supercargado de palabrería hueca y farragosa, de divagación vana e inconsistente, casi huérfano de auténtica meditación y aproximación tanto sensitiva como científica. En el fondo, es esa indefinición del "fenómeno andaluz", y de lo específicamente "andalusí" que en él haya, lo que en todo esto, irremediadamente, se comprueba una y otra vez, lo que subyace y lo mantiene. Y es esa imagen cambiante y tornasolada, consecuentemente manipulable por ser intrínsecamente rica y polifacética, de lo andaluz, lo que permite interpretaciones de lo más diverso y apoyaturas críticas parciales sumamente variadas. Por poner otro ejemplo recientísimo que cae también dentro de nuestro campo de preocupaciones: el breve trabajo de presentación al lector árabe de nuestro último Premio Nobel, Vicente Aleixandre, que el profesor egipcio al-Tāhir Makki

publica en el vol. III, 12, agosto 1978, pp. 68-73, de la revista iraquí *Āfāq ʿarabiyya*.

##### 5. *La vía de los posibles paralelismos*

Estoy persuadido de que, como conclusión básica, cabe sentar esta afirmación: la escasez y mínima relevancia de las relaciones directas literarias hispano-árabes contemporáneas y de sus posibles inter-influencias. Algún ejemplo pertinente ya ha ido apareciendo a lo largo de esta charla, y algunos más podrían añadirse, aunque en el fondo vendrían a apoyar la afirmación hecha. Así, por ejemplo, las posibles fuentes españolas —concretamente, Unamuno y Jacinto Grau— que el profesor Samsó cree encontrar en algún título de Tawfiq al-Ḥakim, y asimismo las nebulosas filiaciones que la crítica árabe ha pretendido denunciar entre la que pudiéramos denominar “literatura de borriquitos” del mismo autor egipcio respecto de Juan Ramón Jiménez. En cualquier caso, se trataría preferentemente de casos más bien episódicos u ocasionales, y concretados en general a base de un elemento lingüístico de relación intermediario o puente.

Por el contrario, sí creo que pueda hablarse, fundamentadamente, de paralelismos y afinidades entre ambas literaturas generales, y posiblemente en grado tal que, en algunos casos concretos, podrían tenerse como auténticamente sorprendentes. Se trata así de insistir en la línea de interpretación literaria que Guillermo de Torre propugnaba y apetecía, y que sustancialmente coincide con la defendida también, por ejemplo, por René Wellek, y que no son sino maneras coherentes y lúcidas de superar el corto comparatismo a ultranza predominante en épocas anteriores, planteando una teoría más general, orgánica y humana del fenómeno literario, aunque también esto, pomposo y engañadoramente, corra el riesgo de convertirse en la pretenciosa formulación de una “literatura universal” exagerada.

A mi modo de ver, las posibilidades que así se abren son bastante más amplias, ricas y sugerentes, puesto que

proporcionan una dimensión mayor al hecho literario y lo contemplan desde más variadas perspectivas. Aunque bueno será tener previstas desde un principio posibles fórmulas reductoras de la mera divagación fantasmagórica, tan frecuente en la manifestación crítica literaria, y que también aquí pueden producirse.

Efectivamente, esta nueva manera de entender la cuestión contribuye para terminar con una importante deficiencia: la de dejar prácticamente reducida la labor interpretativa a una simple señalización monográfica de nombres o de tópicos, al par que le exige, sencillamente, una mayor cantidad y cualidad de elementos, datos y conocimientos; aunque quizá corra también el riesgo de caer, por el contrario, en un enciclopedismo hueco y sin sentido. Indudablemente, la propia creación literaria queda asimismo dotada de una dinámica especial, de la que antes prácticamente carecía, y, lo que es aún más importante, se problematiza y socializa extraordinariamente. Es decir: la obra literaria no se mira como producto desgajado y singular, desvinculado casi por entero de todo el contexto en el que se sitúa, merecedora tan sólo de una aproximación interpretativa estetizante, sino que precisamente recibe su interpretación más plena y puntual en función de ese contexto. En resumen: al no estar sólo abusivamente interesados en la singularidad de nombres y de títulos, sino en la dinámica global de tendencias literarias, de situaciones sociales, de cuestiones humanas, cabe también hablar de paralelismos y afinidades de desarrollo, de reacciones y respuestas similares, de coincidencias parciales de solución, de analogías y univalencias. Para mí, mediante la aplicación de tales métodos y criterios, la propia literatura gana indudablemente tanto en profundidad como en superficie, tanto en extensión como en intensidad; y también, se hace más humana y entrañable.

Soy consciente, sin embargo, de que abordo ahora la parte más espinosa y ardua de mi exposición, también la más problemática y susceptible de resultar, a la postre, más polémica y menos convincente. Todo ello resultaría absoluta-

mente congruente, pues no oculto que las pocas ideas y sugerencias que ahora voy a plantear son aún, más bien, resultado de un esfuerzo combinado inductivo/deductivo que sólida aportación positivista corroborante. En este terreno, yo me muevo también aún, fundamentalmente, en un ámbito de iniciales pesquisas e indagaciones, aunque estén desde luego avaladas por un esfuerzo mantenido de muy variadas lecturas, y creo que de profunda reflexión sobre los propios textos. Pero esta nueva perspectiva desde la que enfoco el tema que me ocupa puede aportar tanto hallazgos de cierta entidad, importancia y novedad, como arrastrarme a decir las más soberanas simplezas, sencillamente, a "descubrir Mediterráneos". Y por último, el inevitable sentido de cautela y la aplicación del prurito de desconfianza y vanidad que siempre anima al investigador, contribuyen también para que brinde unos reducidos ejemplos en apunte, simplemente, de momento. He aquí los que selecciono.

En alguna ocasión he aludido al carácter claramente "unamuniano" que para mí presenta la personalidad y la obra de 'Abbás Maḥmūd al-°Aqqād. En ellos había algo más que la deliberada intención de acercar directa y gráficamente, al lector español, la figura gigantesca de este escritor egipcio, facilitándole además su ubicación; había una sospecha, fundada en la lectura de ambas producciones y el análisis de los contextos socio-culturales respectivos. Sé que esta alusión no ha caído en saco roto, y que la comparten algunos jóvenes investigadores árabes: en concreto, y si no son inexactos mis informes, el argelino Kamal Berraghda abordará en su tesis doctoral los paralelismos existentes entre ambos escritores, centrados en su pensamiento político y doctrinal principalmente, y el egipcio Abdel-Latif Abdel-Halim, en la faceta estética y crítica.

En efecto, tanto para Unamuno como para al-°Aqqād la obra literaria es ante todo el resultado de una vivencia, tanto apasionada como contenida, y sin ella sería prácticamente inexplicable. Ambos sorprenden, apabullan, encrespan al lector tanto por su poderoso empeño racional como

por el arrebató incontenible de irracionalismo que con frecuencia les sacude. Son una simplificación típica de radicales y fecundas contradicciones. En sus obras de ficción, los dos siguen un camino similar de pudorosa semi-confesión personal, y progresivamente van siendo asediados por un proceso creciente de identificación con sus héroes, de asunción de su problematicidad vital, inter-transferible. Ambos son espléndido testimonio de increíble enciclopedismo, en sorda pugna siempre con su propia personalidad creadora, monolítica, imponente. Tanto para su semblanza física como literaria valdría la misma representación simbólica: el águila magnífica.

Pasemos a un segundo posible botón de muestra, que puede parecer aún más imprevisible y sorprendente. Sin embargo, animo a emprender la lectura del epistolario amistoso/amoroso de Yubrān Jalil Yubrān a Mayy Ziyāda, recopilado recientemente por Salma al-Kuzbari y Suhayl Bašrūfī con el título de *Llama Azul*, y traducido hace muy poco al español por la profesora Carmen Ruiz. Y animo a hacerlo, contrastándolo con el no menos delicado y hondo epistolario "*De Antonio Machado a su grande y secreto amor*", dado a conocer hace ya años por Concha Espina. Es evidente que la situación parcialmente coincidente en lo esencial, en la propia médula del hecho que encanta y que se canta: el intento serenamente desesperado de acercar y entrañar una pasión amorosa, más que lejana finalmente imposible, posibilita la concreción de similitudes de forma y contenido, por encima de las innegables diferencias existentes entre los propios personajes y los contextos precisos en que se mueven. Pero hay algo más: la indudable semejanza en la misma manera de mirar a la amada y dirigirse a ella, oscilante entre la reverencia y la pasión, entre el deslumbramiento divino y el contenido deseo corporal; mezclando hermosa y sobrecogedoramente tanto sentimientos paternos y filiales como poderosos impulsos eróticos, aunque siempre tímidos y embriados, de hombre amante en busca de correspondencia directa e inmediata. No niego que se trata, en el fondo, de

una misma, impecable y traslúcida, traspasada manera de amor, perennemente reflejada en la literatura; pero estoy también persuadido de que los posibles paralelismos detectables entre estos dos concretos ejemplos, analizados a fondo, superarían con creces esa simple e innegable semejanza de base. Y curiosamente, los paralelismos podrían ampliarse aún también a la propia manera de presentación de los textos que sus respectivas recopiladoras efectúan.

Y volvamos brevemente a Lorca, como cierre. Hagamos simplemente dos referencias fundamentales. Recordemos que según José Manuel Rozas, "Lorca era consciente de esa dinámica armonía, de ese duelo inhumano y apetecido por todo gran creador. En su poema 'Este es el prólogo' había visto 'La vida y la muerte/la síntesis del mundo/que en espacios profundos/se miran y se abren'. Y por lo mismo, el creador sintetiza en armonía dinámica todos los contrarios". Y añadamos los no menos reveladores y significativos juicios de José Ángel Valente: "La poesía de Lorca arrastra muy primitivos fondos religiosos que tienden a la configuración mítica, tan característicos de su obra. Esos fondos primarios parecen hundir muy oscuras raíces en las que se han llamado religiones del origen, fundamentalmente orientadas a la creación y a la generación". Resulta pasmoso comprobar que los puntos claves y fundamentales en cada una de estas dos interpretaciones: la síntesis armónica y dinámica de los contrarios, y el enraizamiento en las religiones del origen, pueden aplicarse puntualmente, y sin variar en lo más mínimo su intención y su valor, para la interpretación de la poesía del, para mí, mayor poeta árabe contemporáneo: el iraquí Badr Sákir al-Sayyáb. Y aquí me permitiría abrir un nuevo horizonte de sugerencia, flechado ahora hacia otra excepcional figura de la actual literatura latino-americana: el mexicano Octavio Paz. Culquiera que aborde asimismo la lectura de algún libro crítico sobre la obra poética de este autor, y pienso en especial en *Las estaciones poéticas de Octavio Paz*, de Rachel Phillips, y *Octavio Paz, Poesía y poética*, de Monique J. Lemaitre, se quedará

no menos asombrado al comprobar también en qué medida son válidas asimismo, para el poeta español, para el poeta iraquí, gran parte de las conclusiones que, para cada una de estas autoras, siguiendo caminos de interpretación diferenciados, merece el mexicano. Tomemos tan sólo, como ejemplo, estas frases del libro de Lemaitre: "Hemos también tratado de comprobar cómo Paz, en su afán por reconciliar los contrarios y probar que la verdad no es diáfana, transparente y unidimensional, sino paradójica, ha participado en las aventuras intelectuales y artísticas más significativas de este siglo: el marxismo, el surrealismo y la filosofía de Heidegger".

Quien esté dotado de una mínima información y preocupación sobre la poesía, y en concreto sobre la poesía de nuestro tiempo, sabe muy bien que es inmensa la cantidad de preguntas, de inquietudes, que en toda esta problemática subyace, tiemblan como la tierra, aletean como pájaros heridos. Pero sabe no menos bien que, desde hace tiempo, la poesía ha de sentirse e interpretarse también como fenómeno humano y universal y encierra las más hondas resonancias antropológicas. Sabe, por ejemplo, que Mesopotamia, México, Andalucía, no son simples denominaciones sobre un papel, vacías de contenido, sino germinales, viejísimas y siempre vivas realidades culturales, interminables fuentes inspiradoras.

EN CUALQUIER PARCELA de la investigación de que se trate, cada vez estoy más lejos del desarrollo de una labor meramente acumulativa y yuxtapuesta que aporte tan sólo un saber de índole cuantitativa, producto de datos heterogéneos o dispersos, las más de las ocasiones decididamente inconexos; es decir, justamente todo lo contrario a un auténtico "saber". Más aún, cuando se trata de una labor que no discute, que no revisa a fondo y transforma rigurosamente sus propios postulados, sus métodos y criterios de trabajo, una labor no dotada de la suficiente infraestructura de planteamiento teórico y reflexivo. En el estudio de la literatura esto es también absolutamente necesario.

En la presente ocasión me he propuesto primordialmente someter a seria revisión uno de esos criterios metodológicos, que yo tengo por francamente superado: la adopción del nexo directo, o de la cadena de nexos, como factor único y excluyente en el abordaje de temas de literatura comparada, mejor aún, de relaciones literarias. Es decir, lo que podríamos denominar la "relación por contagio". Y abogo más bien, como ha debido quedar claro a lo largo de estas páginas, por una relación de correspondencias, analogías, paralelismos o convergencias. Aplicado al marco de las literaturas árabe y española —genéricamente consideradas— pienso que es criterio susceptible de alcanzar amplio y fecundo desarrollo y de proporcionar excelentes resultados.

Concluyamos, de momento, estas reflexiones. Y traigamos al recuerdo aquellos espléndidos y profundos versos de Hafez (lo sufí, como cualquier misticismo, siempre fuente de auténtica sabiduría) que dicen:

Porque no hay ruiñeñor que no sepa  
que en el capullo duerme la rosa.

Armonía de adivinación y realidad, de insinuación y madurez. He ahí la esencia de una de las más hermosas y constantes aventuras humanas: la creación artística. En este caso, la literatura.